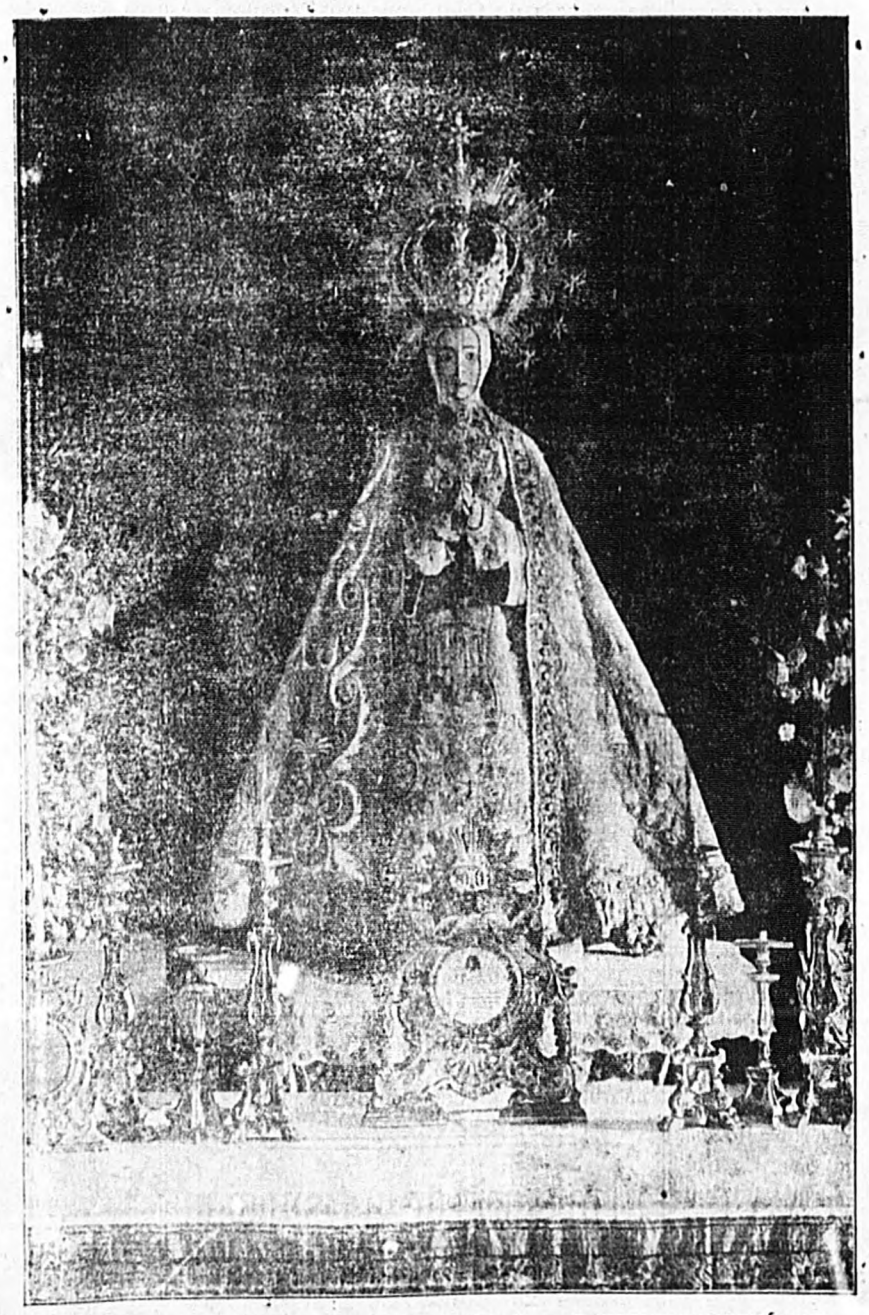
LA ACCION

PERIÓDICO CATÓLICO QUINCENAL

Número extraordinario

Año I | ELCHE 15 de Agosto de 1907 | Núm. 1

SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA | Redacción y Administración: Corredera, 9



NTRA. SRA. DE LA ASUNCIÓN

A María de la Asunción

A vos, oh soberana Reina de los Angeles; á vos, Emperatriz augusta de los cielos y la tierra; á vos queridísima Patrona del pueblo illicitano, á vos, madre de Dios y de los hombres, á vos, que sois nuestra honra, nuestra alegría y nuestra dicha, os dedicamos, ofrecemos y consagramos esta modesta publicación. En ella, no te ofrecemos las galas de la erudición y literatura, no podemos ofrecerte las riquezas, el talento, ni el poder de que carecemos; de poseerles, serían para vos, Virgen purísima, pero en cambio, te ofrecemos nuestra piedad, nuestro amor, nuestra voluntad que sabes es grande y con ella corre parejas nuestro corazón.

Si hubiéramos consultado nuestras fuerzas y los medios de que disponemos para dar á luz este humilde periódico, siendo estas nulas, no habría nacido, y no tendríamos hoy el placer de alabarte y bendecirte públicamente. Pero no... no hemos consultado nuestras fuerzas, sinó el amor y la confianza que en tí tenemos, y el amor y la confianza le han dado vida.

En tí confiamos, y al pensar que tu poder vence las dificultades, facilita los imposibles, supera los obstáculos, mitiga las amarguras y dispone de todos los negocios en favor de tus hijos, no tememos nuestra pequeñez, por el contrario, nuestra alma se engrandece, nuestros sentidos experimentan un no sé qué de grato y embelesador y todo nuestro sér nada en un piélago inmenso de delicias.

Recibe pues, oh grandísima madre y Patrona, esta pequeñísima ofrenda que te hacen tus hijos, en el día más grande, más solemne y augusto para los illicitanos, en el día de tu Asuncion gloriosa. Recibe este pobre homenage y bendícele; él es la expresión sincera del amor y del cariño que te profesamos.

Nuestro deseo es, madre amantísima, honrarte y glorificarte; á eso se dirijen estas líneas, como se dirijirán todas las que de nuestra pluma broten; las que de ahora para siempre sujetamos á las censuras de la Santa Romana Iglesia en cuyo seno deseamos vivir y morir. Bajo tus auspicios vemos la luz del día y bajo tus auspicios queremos trabajar como buenos soldados de Cristo. Para tu defensa y para la defensa de nuestra sacrosanta religión, estará siempre dispuesta nuestra pluma y todo nuestro sér: á ello nos alienta queridísima madre la esperanza de ver un día realizada la dulce promesa de que *Qui elucidant me, vitam eternam abebunt.*

La Redacción.

Nuestro programa

Nada hay más puesto en razón que trazar una norma ó programa, cuando se trata de iniciar una obra; así pues, al comenzar nuestra labor periodística, queremos exponer de antemano, el plan general á que ésta deberá sujetarse y á la vez el principal objetivo que ha de perseguir.

Siendo tanta la ignorancia que, cual peste perniciosa, se ha extendido por todas las clases sociales, acerca de las doctrinas de la Iglesia Católica y de sus prácticas aplicaciones á la vida social ó privada y tantos los males que, como consecuencia de aquella, han venido sucediéndose, el propósito que nos anima, y que procuraremos, en la medida de nuestras fuerzas, reducir á la práctica, es: ilustrar al pueblo proporcionándole en pequeñas y racionales exposiciones las enseñanzas de Cristo nuestro Redentor, de las cuales solo la Iglesia Católica es depositaria é intérprete infalible, y curar, en lo posible, los males que á aquel aflijen, dándole á beber las aguas puras de la verdad en el manantial mismo de donde proceden.

Como la Iglesia Católica se halla en posesión plena y perfecta de la verdad, no busca la discusión de lo que para ella es una verdad incontrastable; pero no la esquiva cuando alguien, sea quien fuere, se atreve con mano impura á sombrear el diáfano firmamento en que aquella brilla; entonces ejercita el derecho de legítima defensa que todo ser tiene marcado por la naturaleza. En este caso, siendo respetuosos con la personalidad y guardándole toda clase de consideraciones, refutaremos como se merezca, cualquier pensamiento ó idea que directa ó indirectamente venga á ofender la verdad, sin pasar en olvido aquel apotegma latino que el sentido común sanciona «*Clamare contra lupum est charitas erga oves*».

Por lo demás, permaneceremos ajenos á todas las cuestiones de partido, pues nuestras doctrinas, abarcando más extensos horizontes, convienen por igual á los hombres de todos los partidos sin distinción de clases ni sexos, y la política solo será objeto de nuestra atención, cuando se relacione con asuntos religiosos, no dando al César más que lo suyo, sin mermar los derechos de Dios.

De este modo, con la gracia de Dios y los poderosísimos auxilios de la Santísima Virgen, asiento de la Sabiduría Increada, pondremos nuestro granito de arena en la magna obra de la civilización de los pueblos.

El misterio de la Asunción

Sí, como dice profundamente Pascal, las ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se encuentran los hombres al nacer; el otro, aquel en que se hallan las grandes almas que, habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran que *no saben* nada, no se explica, racionalmente hablando, cómo los que se llaman *sabios* sientan ó aparenten sentir cierta adversión á la palabra «misterio», reputándola como mística; siendo así que ella es el sello que Dios ha impreso en todas sus obras, sin duda alguna, para darnos á conocer, que todos tienen un origen divino, y también para marcar la notable diferencia que existe entre nuestra limitada é impotente razón y la razón omnipotente é ilimitada de Dios. Sí, pues, la razón humana tiene sus límites, como todo lo creado, y la razón divina no, dicho se está, que han de haber necesariamente verdades que estén fuera de su alcance, verdades que llamamos misterios; que los hay en todos los órdenes de cosas existentes; que no podemos negar en nombre de la razón, sin incurrir en el mayor de los ridículos: pero que, acerca de los cuales, puede la razón desapasionada desempeñar un gran papel, manifestándonos los sólidos fundamentos en que aquellos se apoyan.

Limitando, pues, mi pensamiento al misterio que hoy conmemoramos, digo, que está basado en la misma razón, ilustrada por la fé. Una tradición constante, de la cual no podemos dudar, asegura, que el cuerpo de la Santísima Virgen fué colocado en un sepulcro abierto por los mismos Apóstoles en Getsemaní, después de su muerte: que habiendo llegado el Apóstol Tomás de más léjos que los otros sin haber podido asistir á la muerte y á la traslación del cuerpo de María, pidió se le permitiese contemplar y honrar, por última vez, este templo de Dios; que se abrió el sepulcro, pero que el cuerpo ya no estaba en él. Los Apóstoles llenos de admiración ante este misterio, lo interpretaron así: «Que Aquél á quien plugó humanarse en el casto seno de María, se había complacido en trasportarlo incorrupto á la Gloria, sin permitir que pasase por la común y universal resurrección de los elegidos».

Esta inducción de los Apóstoles tiene una fuerza aplastante en los misterios evangélicos relacionados con la vida de María. Porque si la muerte es el eco de la vida, todas las glorias de la vida de la Santísima Virgen, todos sus misterios, deben, como dice Augusto Nicolás, encontrar eco en su muerte, armonizarse con ella en maravilloso concierto y componer, en su celestial Asunción, como el misterio de los misterios, la gloria de sus glorias, la grandeza de sus grandezas; de la misma manera que la cúpula de un vasto y religioso edificio es la reunión armoniosa y la eminente concentración de todas las líneas y de todas las fuerzas que nacen de sus cimientos.

El misterio de su Asunción se apoya primeramente en el de su *Predestinacion* para madre de Jesucristo; porque yo no puedo fácilmente concebir que se corrompa en la tierra, Aquél que tuvo su principio en el cielo.

Se apoya en segundo lugar, en su Concepción Inmaculada; porque el gérmen de la muerte hállase en nuestra Concepción. Morimos porque somos concebidos en pecado. La muerte ha sido el efecto concomitante del pecado — «En el mismo instante que comeréis, moriréis de muerte» — dijo Dios á los primeros padres en el paraíso. De ahí estas palabras de San Pablo: «El pecado penetró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado». Por esta razón, á nuestra entrada en el mundo, nos espera el pecado original; á nuestra salida en el mundo nos espera la muerte. El pecado hace perecer nuestras almas, y la muerte hace perecer nuestros cuerpos, siendo la muerte del cuerpo un efecto de la muerte del alma. Por donde se hecha de ver que habiendo sido preservada María del pecado original, que es la muerte del alma, ha debido ser también preservada de la corrupción, que es la muerte del cuerpo, porque siendo esta ley la del pecado, de que fué exenta María, hubiera sido necesaria otra ley particular para sujetarla á la corrupción, que es su resultado.

Concluyo, pues, diciendo que la Asunción de María á los cielos, sin pasar por la corrupción del sepulcro, fué una consecuencia de su vida virginal y que este misterio, lejos de ofender los fueros de la razón, tiene su principal apoyo en ésta.

Pascual Pérez.

Invocación á María

Madre querida: Al elevar hácia tí mi pensamiento, opuestos sentimientos de gozo y de dolor embargan mi ánimo; de gozo, mirando tu efigie sacrosanta que está, como esperando, que sus amados hijos le comuniquen sus penas para calmarlas; de dolor, pensando en muchos que hoy se encuentran en lejanas tierras, y en tantos otros que, aunque cerca, muy cerca de tí, hállanse también muy lejos por sus graves culpas. Tal vez sea yo, entre éstos, el mas separado de tí. Sin embargo, tú ya sabes ¡Oh madre tiernísima! que tuyos son mis pensamientos y que mi torpe lengua se dedica constantemente en ensalzar tus glorias.

Por eso, en este día en que la Iglesia celebra tu Asunción gloriosa, quiero también dedicarte los afectos de mi alma, en este día en que, por modo especial, teneis abiertos en favor de vuestros hijos los ricos tesoros de misericordia y amor, puesto de hinojos á tus plantas, prometo no ser jamás ingrato á vuestro amor y compensar debidamente, amándoos, lo que ofendí á Vos y á Vuestro Hijo y, si hasta hoy, he sido vil gusano que se arrastra por el suelo, en adelante, con vuestro auxilio, deseo que mi alma, adornada con el brillante ropaje de la gracia, cual bella mariposa levante su vuelo de la tierra y al presentarse en el postrer momento al Juez justísimo halle en tí su especial protectora y escuche gozosa aquel venite benedicti..,.. que Dios tiene prometido á sus escogidos.

José Rico Parreño.

Una observación

Hablar de la Virgen de Agosto es hablar de la fiesta de España. Y es que el misterio de la Asunción es corolario inmediato de la Concepción Purísima de María, y España es el pueblo de la Purísima Concepción.

Si muchas aldeas y ciudades tienen por Patrona á la Virgen de la Asunción, y todos los pueblos celebran su fausto día con solemnísimas funciones, ninguno atrae las miradas de innumerables gentes como la hermosa ciudad en que nacimos, la cual, á falta de otros atractivos populares, conserva á través de los siglos entre sus festejos un número singular y originalísimo, único en su clase por lo que á nuestra Patria, al menos, se refiere.

Grande es su mérito artístico, sublime el religioso pensamiento que entraña, y el renombre de nuestra célebre *Festa*, bastaría para atraer á los habitantes de las más apartadas regiones, si el amor de los fieles á nuestra Reina y Patrona no fuera ya acicate poderoso que nos empuja dulcemente á los pies venerandos de la Imagen benditísima que nos vino por el mar.

Pero esto que precisamente debía ser motivo para multiplicar los homenajes cívicos y religiosos dedicados á nuestra excelsa Madre María de la Asunción, hace que de algún tiempo á esta parte los ilicitanos nos durmamos confiadamente en nuestros inmerecidos laureles.

Ni debe servirnos de escusa la importancia de las fiestas que circunstancialmente en el año anterior se realizaron; antes bien debieron enseñarnos donde estaban nuestros intereses morales y materiales.

Así es que cuando los pueblos más ó menos cercanos aumentan sus festejos, y en Cox, y en Orihuela, y en Novelda, y en Alcoy, confeccionan repletos y vistosos programas en honor de sus santos patronos, aquí vamos limitando el número de recreaciones á las funciones religiosas, á la tradicional alborada y al cada vez más mermado castillo de fuegos artificiales.

Por esto se explica que en una época ávida de públicas diversiones, y en que los medios de comunicación se han aumentado y facilitado sobremanera, vaya disminuyendo la concurrencia de forasteros que en otros tiempos no lejanos invadía nuestra población, y no cabiendo en las hospederías y huertos y paseos que circundan la ciudad.

Y es que así como la fé nos entra por el oído, el entusiasmo nos viene por medio de los ojos, haciéndose, por lo tanto, cada vez más preciso que las autoridades y el pueblo se resuelvan á mejorar nuestras renombradas fiestas, ya que el auto sacro-lírico que representa la Asunción de María es un precioso número del que otros pueblos sabrían aprovecharse para confeccionar en torno de él notables programas que atrajeran, mejor que en épocas de feliz recordación, numeroso gentío de fieles y curiosos, que habrían de compensar seguramente con creces los sacrificios que nuestro pueblo querido pudiera realizar.

Por mucho que divulguemos esta idea, por más que repitamos esta observación, creemos que nunca será lo bastante para romper el hielo de la indiferencia que nos mata y aniquila el comercio cada vez más abatido de la en otros tiempos famosa y hoy casi olvidada ciudad de las palmas.

José Pascual

DÍA FELÍZ

Hermoso día, plausible acción la realizada por los católicos illicitanos al salir de la inercia, al dar á luz esta necesaria publicación que honra á sus iniciadores y fortifica y anima á los que, guardando arraigados en su corazón las doctrinas consoladoras de Cristo, tienen ya la esperanza de poder defender noblemente la religión, y poner un dique á los que, poseídos de la manía persecutoria, creen ser más sabios porque con más cinismo escriben contra la Iglesia.

Surja, pues, á la vida el nuevo periódico LA ACCIÓN, para defender los sagrados intereses del catolicismo, siempre triunfante á través de los siglos.

¡Qué grandioso día este en que por primera vez se publica en Elche un periódico católico! El día de nuestros recuerdos, de nuestras alegrías, de nuestras esperanzas, el de la Asunción Gloriosa de María Santísima, nuestra amadísima Patrona.

¿Quién será el que, habiendo nacido ó viviendo entre los espesos bosques de palmeras de esta Jerusalén de España, acariciado por el murmullo de las gigantes copas, que se mecen al dulce soplo de las brisas del Mediterráneo, que saludan con gentileza á la veneranda imagen de María de la Asunción en su Santuario, no recuerde que en este nido de amores y de dichas, ha recibido los mayores beneficios y los más grandes consuelos, que hemos solicitado de nuestra sin par Virgen de la Asunción? ¿Cuántos habrá que, en los días de mayor infortunio, han implorado la protección de María y han conseguido la salud ó el consuelo de sus amargas penas?

Elche no puede vivir sin su adorada Patrona. Ella va unida á nuestra preclara historia y á nuestros timbres de gloria; Ella nos dá el primer beso al salir del seno de nuestra madre, y nos alienta y conforta y dá su gracia en los últimos instantes de nuestra vida; Ella, en fin, nos conduce entre los pliegues de su manto protector, ante la presencia de Dios, haciéndonos partícipes de su eterna gloria.

Asociémonos, pues, todos los católicos que veneramos á nuestra queridísima Patrona; felicitémonos de contar con su eficaz y segura protección, y si queremos ostentar con propiedad aquel honroso título, dispensemos la más ferviente protección á esta publicación católica, defensora de nuestras sagradas convicciones y de nuestros más caros intereses; pues con ello, además de agradar á Dios, habremos realizado la más grande obra de caridad cristiana.

José Sempere

SALVE

Salve Tú, casta azucena,
de David hija bendita,
de Judá constante anhelo
en las promesas divinas.
El mensajero del cielo
te saluda ¡Ave María!
María; con cuyo nombre,
llenas de gozo y delicias,
al Dios que te eligió esposa,
al Dios de quien eres hija,
y á ese niño Dios y hombre
que en tus entrañas purísimas,
concebiste, abriendo el paso
que á la gloria conducía
enlazando así en tu seno
naturaleza divina
con la humana, hasta entonces
humillada y abatida;
por la serpiente infernal,
cuya cabeza maldita
quebrantó tu régia planta,
cumpliéndose la divina
voluntad de un Dios eterno
en su cólera y justicia.
Salve, María, repiten
desde entonces jerarquías
angélicas en el cielo,
y las cuerdas de tus liras
y arpas de oro entonan,
y armonizan tu Magnificat:
aquel salmo, que tu pecho
con virginal alegría,
elevo en tan dulces sones
que Isabel tu santa prima,
pudo admirar extasiada
en torrentes de harmonía,
la belleza de tu alma,
la grandeza de tu dicha.

X.

¡Al fin...!

—¿Ves, Juan, como siempre es bueno tener esperanza en la Virgen? A ella le debes tu vida y por aquel milagro te convenciste de la verdad, figurando desde entonces en nuestras filas católicas.

—Mucha razón tienes. Vuestra Virgen de la Asunción me salvó la vida y gracias á ella puedo contarlo hoy aquí entre vosotros. ¿Cómo no he de adorarla y bendecirla siempre que ocasión se me presente?

Me sorprendió la noche en la estrecha vereda del campo-llano, cuando emprendía el regreso á la Ciudad del Cid, y, como arreciara el vendabal, temeroso de vagar por peligrosos caminos en horas de vida para los salteadores, torcí la rienda á mi *lucero*, y por la senda del tío Juan, llegamos frente á su puerta.

El *León*, guardador de aquella vivienda, quejóse de la presencia de los que le parecían extraños, por ser nuevo en el puesto y ladraba seguidamente, á medida que el *ludero*, reteniendo su trote, avanzaba entre arrozales, nada perezoso, hasta posarse en la misma era.

La voz de alarma fué pronto atendida, y gruñó la puerta de la barraca, apareciendo bajo sus umbrales, la esbelta, aunque ya avejada, figura del tío Juan el *pescador*.

El perro regañaba colérico ante la inesperada visita; pero pronto enmudeció al mandato de una voz fuerte que lo exigía y coleando, llegó sumiso hasta los piés de su amo. Yo me apeé del caballo, y estreché fuertemente la callosa mano del que fué siempre mi rival en creencias, aunque amigo decidido y leal.

—¿Vd. por aquí, señorito, á estas horas?

—Sí, Juan, me sorprendió la noche, y, acordándome de que vivíais por estos contornos quise sorprenderos con mi visita. ¡Hace tanto tiempo que no sé de vosotros!

—Mucho, señorito Pepe. Creí que no se acordaba ya de los pobres.

—No digas esas cosas. El ser rico no dá derecho á olvidar á los pobres.

—Gracias, señorito; no me equivoqué al creerle siempre un correcto caballero. Pero pasemos; en la cocina arde un tronco y ya que la noche es fria, en algo podrá aliviarnos su muerte.

El tío Juan, yo y el *lucero*, penetramos en la barraca; este último al lugar para ellos destinado y nosotros dos fuimos á la cocina, á aumentar el número de los adoradores del fuego.

El viento arreciaba; oíamosle zumbar junto á la chimenea, y algunas gotas de agua topaban fuertemente contra el único cristal que en la casa había, el de la ventana, en cuyo cuarto dormía la tía *Sunsión*, como se hacía llamar la esposa de aquel honrado obrero. Los tres y un *minino* negro, portador de la buena sombra, que se relamia junto al fogón, formábamos la tertulia, mientras fuera el ventisco arrasaba y barría, poco compasivo, cuanto á su paso encontraba.

De pronto dijo el tío Juan, dándome una suave palmada en el hombro.—¿Sabe usted señorito, que, *al fin*, soy de los suyos?

—¿Pero qué es lo que me dices?

—Que lo cuente, que lo cuente—prosiguió *Sunsión*—cual fué la causa de su conversión.

—Eso ya lo esperaba yo, tío Juan. Casi todos, antes de morir se convierten.

—Vera Vd., señorito. No hace mucho, hasta un par de años, que ocurrió lo que voy á contarles.

«Ya sabe Vd. y de sobra conocía mis ideas revolucionarias. Fuí jefe de los republicanos avanzados, compañeros de oficio la mayor parte, y ya recordará las discusiones que teníamos los dos respecto á cuál profesaba la verdadera Religión, y, aunque salía muchas veces vencido, no daba á torcer mi brazo y seguía negando la existencia de *Vírgenes* y *milagros*, obstinado en mi idea. Pues bien; esto duró hasta que en la fecha que acabo de decir, salimos una tarde en mi falucho «Libertad» mi mujer, yó y dos compañeros mar á dentro, con ánimo de recojer el suficiente pescado para que, trocado en dinero, fuese suficiente á cubrir nuestras escasas necesidades.

La brisa era suave: Izada nuestra «latina», y listos los aparejos, pronto vimos resbalar entre las olas nuestro falucho, y avanzábamos, perdiendo lentamente la costa, hasta que manchas plomizas remedaban ciudades y puertos.

Atardecía. Era la hora del crepúsculo y nos disponíamos á regresar, triunfantes, de nuestro viaje, cuando un fuerte remolino nos dió el aviso de una próxima tempestad. Hicimos dos rizos en la vela, previniendo lo que pudiera ocurrir y proa á la costa seguíamos avanzando. De pronto un fuerte estallido dejó paso á una exhalación que, cayendo sobre nuestro barco, tronchó el palo.

Fué un momento de desesperación. La tempestad rugía sobre nuestras cabezas, y un fuerte huracán, mayor que el de ahora, sumergió á «Libertad» entre las olas.

La noche era muy obscura: *Sunsión* y yó, luchábamos agarrados al falucho, esperando el momento de ser arrebatados por algún tiburón; cuando ésta se acordó de que junto á su pecho llevaba siempre, como reliquia querida desde que salió de Elche, un trozo de velo de su Patrona María de la Asunción y rasgándolo, como pudo, entre sus dientes, lo esparció por nuestro alrededor, suplicando tuviese piedad de nosotros... y ya no supe más.

Al día siguiente despertamos en el hospital de la playa, á donde fuimos llevados por los tripulantes del vapor «María», que nos recogieron moribundos, llevando también á bordo los cadáveres de nuestros dos compañeros».

Desde entonces, señorito Pepe, abjuré de mis ideas y creo en la Virgen y en los milagros, porque aquello no era más que uno y muy grande.

Cuando volvimos á recobrar las fuerzas, nos trasladamos á casa y prometí, no solo ser un defensor más de los católicos, sino visitar á la Virgen de la Asunción todos los años, por su fiesta.

Terminado el relato, amanecía. El tiempo tornó á ser apacible, y yo, dando un fuerte apretón á los abuelos, orgulloso de mi triunfo, volví á ensillarme en mi *lucero*, continuando el regreso entre arrozales hacia la capital querida, cuya niebla iban disipando suavemente los primeros rayos del sol que saludaban.

P. S.

ELCHE
TIPOGRAFÍA J. AGULLÓ SANCHEZ
Corredera, 5

A. M. D. G.

et

B. M. V.